

CAPITALISMO

DEMOCRACIA

**Y MEDIOS
DE COMUNICACION**



Biblioteca Omegalfa

OMEGALFA

2019



Contenido:

***Historia de un monopolio en un mercado
ideológico que debe ser liberalizado***
(por Pedro Antonio Honrubia Hurtado)

Democracia y capitalismo,
(por G.K. Chesterton)

El capitalismo y la democracia son incompatibles,
(por Noam Chomsky)

Por qué capitalismo es incompatible con democracia?
(por Pablo G. V.)

De cómo el capitalismo está matando la democracia,
(por Raúl)

**HISTORIA DE UN MONOPOLIO EN UN MERCADO
IDEOLÓGICO QUE DEBE SER LIBERALIZADO ***

I

Democracia: poder del pueblo.

Democracia: separación de poderes.

Democracia: igualdad de todos los ciudadanos ante la ley.

Democracia: garantía de los derechos y libertades fundamentales de los ciudadanos.

Democracia: respeto de los derechos humanos.

Democracia: respeto a la voluntad de los ciudadanos.

Democracia: respeto por la pluralidad y la diversidad cultural y política.

Todo esto es, debe ser, necesariamente la democracia. La democracia no es sólo tener una constitución que garantice las libertades individuales, ni dar el voto cada cuatro años a los ciudadanos.

Tampoco es democracia tener un sistema de garantías jurídicas que quede escrito negro sobre blanco.

* Fuente: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=74101>

La democracia es tener eso, sí, pero no para adornar las estanterías de los más lujosos armarios ubicados en los lugares más señalados de las instituciones del estado, sino para que los ciudadanos puedan hacer buen uso de ello.

La democracia es tener todo eso –derechos y libertades individuales- pero para poder aplicarlo también por ley en favor de los derechos y la voluntad del pueblo, en favor de la igualdad de oportunidades y el escrupuloso respeto a la ley, que a su vez debe guardar un escrupuloso respeto por los derechos humanos.

La democracia, por ende, no debiera ser entendida como un sistema político más entre muchos, sino más bien como la natural expresión política del hombre como ser social, en su afán por buscar el reconocimiento de sus derechos y el respeto a su libertad individual, así como la garantía de su plena existencia, económica y social, entre sus conciudadanos.

Esto nos lleva irremediablemente a preguntarnos hasta qué punto son compatibles el consumismo-capitalismo actual, tal y como se viene desarrollando, con la democracia; compatible con esta visión ampliada de la democracia como sistema que garantice la justicia social y la igualdad de oportunidades.

Pues bien, parece evidente que un sistema sociopolítico así, en el cual una clase dirigente controla y maneja todos los resortes del poder político y económico, a la vez que impone un modelo de producción basado en la explotación del hombre por el hombre más un modo de vida y de pensamiento totalmente alienante para las clases no dirigentes, difícilmente puede vincularse con este concepto amplio de democracia.

El simple hecho de no garantizar un reparto equitativo de la riqueza generada por un pueblo en su conjunto, permitiendo que existan unas pocas personas que acaparan para sí la mayor parte del bien común, mientras otros ni siquiera pueden tener para cubrir los gastos básicos necesarios para llevar una vida digna (alimentación, vestido, vivienda, etc.), ya sería suficiente argumento para demostrar cuan alejado está el sistema vigente de la verdadera naturaleza social que debe regir toda democracia auténtica.

No seré yo ni el primero ni el último que defienda esta perspectiva de incompatibilidad, algo que ya sabrán y sobre lo cual podrán ver algunos interesantes ejemplos en estos enlaces ([1](#), [2](#), [3](#), [4](#)).*

No entraré aquí, por tanto, a valorar con mayor precisión esta presunta incompatibilidad entre ambos conceptos tanto en su fundamentación teórica como, sobre todo, en su aplicación práctica, pues sería volver a repetir los argumentos ya planteados en los enlaces propuestos, para llegar finalmente a alcanzar una misma conclusión que ya debo dar por supuesta tras la visión por parte del lector de tales textos o, simplemente, por la credibilidad que se pueda otorgar a mi persona en la defensa de tal afirmación tras haber llevado a cabo el estudio de los mismos y de algunos otros que me he dejado en el tintero. En consecuencia, sin mayores explicaciones por mi parte, como bien dice G.K. Chesterton en su sintético texto “*Democracia y Capitalismo*”[**], podríamos resumir el planteamiento de incompatibilidad en la siguiente afirmación:

* Se han colocado al final, como anexos, los textos correspondientes a los enlaces 1. 2 y 4. El enlace nº.3 se encuentra desactivado.

** El texto *Democracia y capitalismo* lo hemos incorporado a las páginas finales del presente libro digital.

“la modernidad no es democracia. La maquinaria industrial no es democracia. Dejar todo en manos del comercio y el mercado no es democracia. El capitalismo no es democracia. Está más bien en contra de la democracia por su sustancia y sus tendencias”.

Queda dicho.

II

Pero, sin embargo, a pesar de esto, si hay algo donde la idea de libertad (que con tanto ahínco llevamos persiguiendo por siglos los seres humanos) ha quedado arraigada con fuerza en la mente de los ciudadanos de esta sociedad consumista-capitalista, donde con más virulencia desde el poder establecido se ha pretendido hacer llevar al pueblo la idealización de una verdadera libertad, eso es, sin duda, mediante la vinculación de tal idea con la supuesta democracia reinante en el capitalismo.

“El mundo libre”, así es como una y otra vez estos señores que controlan el poder llaman a los países regidos por regímenes burgueses más o menos liberales, en oposición, hemos de suponer, al “mundo esclavo”, que vendría a ser la suma del resto de naciones existentes. Por ello, se llenan la boca hablándonos continuamente de las maravillas de nuestro sistema democrático occidental en contraposición a cualquier otro sistema político que pudiera plantearse, tanto que la gente común, incluso los más desfavorecidos por el sistema, ha acabado por creérselo plenamente, hasta tal punto de hacer de la defensa ideológica del capitalismo una cuestión de derechos y libertades individuales. Podíamos decir, sin miedo a equivocarnos, que la vinculación del capitalismo con la democracia

es, a día de hoy, el *valor fetiche* por excelencia que las clases dominantes utilizan para lanzar a las masas en defensa del sistema socio-político y económico establecido.

Democracia y capitalismo se presentan siempre como una misma cosa, como una misma dualidad de términos inseparables el uno del otro, como una polaridad de términos que se complementan y se desarrollan mutuamente con carácter retro-alimenticio, tanto que finalmente se hace creer que no puede haber capitalismo sin democracia ni, por supuesto, democracia sin capitalismo. No quieran buscar ustedes más allá del ámbito capitalista un sistema político y social que sea respetuoso con la democracia, pues no conseguirán, según nos dicen, encontrarlo.

III

Sin embargo, el propio profeta del capitalismo Francis Fukuyama, en su famoso libro “*El fin de la historia y el último hombre*”, reconoce que el capitalismo donde mejor y más eficientemente ha funcionado ha sido en aquellos países donde la libertad individual brillaba por su ausencia. Países como el Chile de Pinochet, o los grandes tigres asiáticos (Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong Kong, Tailandia, Malasia, Indonesia, etc.) pudieron tener el vertiginoso aumento en los índices económicos que tuvieron en su momento, gracias, sobre todo, a que eran países gobernados por regímenes autoritarios, donde los gobernantes imponían sus medidas capitalistas con mano de hierro, y donde las clases trabajadoras no tenían ningún tipo de derecho laboral, ni de garantía social. A eso, a sacar tajada de la explotación casi esclavista de las condiciones de vida y trabajo de la población, lo llamaron los economistas burgueses “*el milagro asiático*”.

Cada uno de estos países, que durante décadas se presentaron al mundo como ejemplo de la superioridad moral, política y económica del capitalismo frente al socialismo (por el vertiginoso crecimiento económico que desarrollaron en un breve periodo de tiempo partiendo de una situación de abundante pobreza), tuvo, o aún tiene, un gobierno autoritario que les permitió aplicar de manera sistemática las políticas capitalistas más feroces y depredadoras. Corea del Sur, por ejemplo, tuvo un régimen militar. Singapur un dictador con un partido de estado. Tailandia y Malasia han tenido sendas monarquías autoritarias. Indonesia durante más de cuatro décadas fue gobernada también por un dictador. Taiwán igualmente tuvo un gobierno autoritario que gobernó el país por más de cinco décadas. Arabia Saudita, Kuwait, o la misma China de hoy (convertida en este sentido, aún con sus peculiaridades, en un país prácticamente capitalista), son también buena muestra de cuan efectivo puede ser combinar en un mismo cóctel economía capitalista-mercantil y ausencia de libertades y derechos laborales de la población.

Sin un sistema legal que regule las condiciones laborales, sin un sistema de regulación jurídica que imponga unos mínimos legales a respetar por los propietarios de los medios de producción, el capitalismo tiene vía libre para desarrollarse, pues los costes de producción serán cada vez menores mientras que los beneficios, en consecuencia, sobre todo si los productos generados por esa economía están destinados a la exportación (como era el caso de estos países orientales mencionados), serán cada vez mayores.

Si usted tiene un gobierno que permite el trabajo infantil, el desarrollo de jornadas laborales de entre 14 y 16 horas diarias, y que, además, en condiciones de libre mercado,

facilita que las empresas paguen salarios ridículos por la fuerza de trabajo contratada, ya podrán imaginar la ventaja competitiva que eso supone en el mercado internacional para tal país y las empresas que allí operen, amén del elevadísimo % de beneficio que la empresa en cuestión obtendrá con la venta de tales productos en países desarrollados donde el nivel de vida es muy superior al coste medio de la vida, en referencia a los salarios pagados, del país productor en cuestión.

No hace falta hacer un máster en economía para entender esto. Pero esta evidente combinación entre potencial progreso capitalista y totalitarismo (plasmada en ejemplos más que concretos) no es óbice para que desde el poder establecido se siga haciendo llegar a la población occidental la idea de que capitalismo y democracia son una misma cosa.

IV

Y aunque las clases dominantes, ante la evidencia, pueden llegar a admitir que tal vez existan países que siendo capitalistas no sean democráticos, lo que nunca, lo que bajo ningún concepto llegarán a aceptar, es que los ciudadanos de los países occidentales puedan siquiera creer que existan o puedan existir países que siendo plenamente democráticos no sean capitalistas. Todo país democrático, nos dicen, debe ser inevitablemente capitalista. Más allá de capitalismo liberal no puede existir la democracia.

Machacan y machacan esta idea una y otra vez ante la pasividad generalizada. Por ello, todo aquel país que ose criticar el normal funcionamiento del sistema capitalista, aun cuando lo haga partiendo de la llegada al poder de sus dirigentes por vía del sistema parlamentario burgués tradicional, es automáticamente calificado de antidemo-

crático (El Chile de Allende, la Venezuela de Chávez, el Ecuador de Correa, la Bolivia de Morales, la Nicaragua de Ortega, la España de la segunda república, etc.).

Sus líderes son tachados de totalitarios, y sus revoluciones presentadas al pueblo como si de un ataque directo a la libertad, los derechos y las aspiraciones de los ciudadanos se tratase. No importa si esos países se anclan sobre la base de un ordenamiento jurídico absolutamente respetuoso con las libertades individuales, o si sus altos cargos han sido elegidos por un proceso de sufragio universal libre. Tampoco es importante si respetan la pluralidad política e ideológica, la división de poderes o si, en concordancia con la idea de la democracia como “poder del pueblo”, están tratando de desarrollar modelos de representatividad del poder que acerquen el funcionamiento de las instituciones a la actividad del pueblo. El simple hecho de cuestionar el sistema liberal burgués los excluye automáticamente del mundo democrático, del “*mundo libre*”. Así nos es dicho.

V

La democracia se identifica por ende con el modelo liberal burgués capitalista, y todo aquello cuanto no entre dentro de estos límites queda desplazado automáticamente hacia el terreno de lo antidemocrático. Es más, nadie que aspire a ser considerado “demócrata” se atreverá a cuestionar en público la democracia burguesa, a repudiarla o a situarla como régimen enmarcado dentro de unos intereses de clase y destinado a responder a tales intereses.

Quién ose hacer tal cosa será ridiculizado, apartado, denigrado, presentado en última instancia como un enemigo de la libertad. Los disidentes, insurrectos o descontentos

“oficiales” creen tener apenas el derecho de hacer enmiendas a la democracia burguesa. Reproches a la democracia, paños calientes, retoques para mejorar su funcionamiento, reformas incipientes o discretas a ella para moderar sus iniquidades sociales o hacer más llevaderos sus abusos. De allí no pasa la crítica si uno quiere seguir formando parte del selecto grupo de los “demócratas”.

Todo el mundo tiene que reconocer que la democracia política y el capitalismo son inseparables la una del otro, y, ambos, en conjunto, los pilares de una sociedad verdaderamente libre, no caben medias tintas ni disidentes entre los “demócratas”; o estás conmigo o estás contra mí; o eres un defensor del capitalismo liberal o eres un anti-demócrata. Por eso los partidos de *izquierdas* mayoritarios en las sociedades occidentales (partidos socialdemócratas) han tenido que abrazar el capitalismo, así como los sistemas socialistas que se han desarrollado a lo largo del mundo, con su renuncia del capitalismo, nos dicen, tuvieron también que renunciar a la democracia. No había, ni hay, posibilidad de un punto intermedio; esa es la idea que fluye incesante a nuestro alrededor.

VI

Es decir, no se puede pretender que haya un sistema político y social que renegando del capitalismo sea también intrínsecamente democrático, así como, en consecuencia, no se puede pretender que haya personas que renegando del capitalismo puedan ser intrínsecamente demócratas.

Capitalismo y democracia -nos dicen- son los dos pilares ideológicos capaces de traer prosperidad y libertad sin precedentes al mundo, y todo lo que no sea una combinación eficiente de ambos factores es un error, pues cualquier otro modelo político, económico y social está con-

denado al fracaso, amén de atentar directamente contra las libertades de los ciudadanos.

Esta es la idea que desde el poder establecido se hace llegar a la ciudadanía. De esta manera, mediante esa identificación que la población hace de la libertad con la democracia burguesa, así como de la democracia burguesa con el capitalismo, las clases dominantes se garantizan que finalmente se acabe por vincular la idea de libertad con el capitalismo y, consecuentemente, que los ataques al capitalismo sean interpretados por los individuos receptores de tal mensaje como si directamente se tratasen de ataques a los derechos y las libertades individuales de sus personas. Con ello, lo que en origen no es más que un ataque a los intereses políticos y económicos de una clase dominante, para más inri en favor de los intereses de las clases dominadas (la inmensa mayoría social), acaba por ser concebido por parte de los miembros de las clases dominadas como un ataque a los intereses particulares del ciudadano, como un ataque, por tanto, a sus propios intereses individuales, en la máxima expresión de ese vínculo, degradante pero emocional, que es la alienación, y que en última instancia tiene como consecuencia que los ciudadanos de las clases dominadas acaben por vincular sus intereses particulares con los intereses de las clases dominantes, alcanzándose así el objetivo buscado por las clases dominantes en su afán por perpetuarse en el poder social, político y económico.

VII

Pero este objetivo, a diferencia lo que sería deseable para los valores liberales que tanto dicen defender, no se consigue dejando los flujos ideológicos, la consciencia ciudadana acerca del ideal democrático, a la deriva de nin-

guna “*mano invisible*”. Este objetivo se consigue mediante un plan de acción perfectamente orquestado y diseñado para llegar a alcanzar tal meta. En ello los medios de comunicación de masas, propiedad de la alta burguesía de manera directa o indirecta, juegan un papel fundamental, actuando como elementos reguladores del “*mercado ideológico*”, es decir, garantizando que los ciudadanos adecuen sus demandas democráticas a la única oferta que es presentada como válida para tal sector ideológico: el consumismo-capitalismo.

Y es que hay cosas que no se pueden dejar al capricho de la ley de la oferta y la demanda, pues sabido es que los ciudadanos demandan justicia, igualdad y libertades, mientras que el capitalismo lo que les ofrece es explotación, reparto desigual de la riqueza y sumisión. Si la regulación de este mercado se dejase al amparo de la libre competencia y la mano invisible del mercado, los ciudadanos tratarían de buscar aquellos otros productos, que los hay, que puedan adecuarse mejor a sus demandas ideológicas. Pero como en el producto capitalista no existe una relación real entre lo que los “clientes” demandan, y lo que le es ofrecido por los ofertantes, surge la necesidad de intervenir en el mercado para re-direccionarlo hacia la senda prefijada de antemano por los capitalistas, corrigiendo así las potenciales fallas que se pueden generar una vez la población trabajadora entendiese con meridiana claridad cómo funciona el capitalismo y quiénes son los beneficiados/perjudicados por ello (¿pues qué ocurriría si la población tomase consciencia de que el socialismo les ofrece justo aquello que ellos demandan a la democracia: justicia, igualdad y libertades?, Acaso, por mor de la tan traída y llevada mano invisible ¿no se decantarían los ciudadanos por esta opción en lugar de por el producto capitalista que les ofrece justo lo contrario de lo que ellos demandan?).

Los medios de comunicación de masas se constituyen de esta manera como órganos reguladores del mercado ideológico-democrático, cuya finalidad no es otra que evitar posibles desviaciones del mismo hacia un sendero no deseado por las clases dominantes, hacia un mercado dominado por las ventas de los productos de la competencia (la democracia socialista, por ejemplo).

Entre las competencias que estos órganos reguladores poseen, se encuentra la de poder influir sigilosamente sobre el comportamiento y el pensamiento de las personas, modificando sus modos de vida, sus elecciones racionales, sus costumbres, sus hábitos de consumo, así como la de actuar directamente en la formación de eso que muy astutamente han venido a denominar como “*opinión pública*”.

Y es ahí, precisamente ahí, en la formación intencional de la “*opinión pública*” por parte de los medios de comunicación de masas, donde capitalismo y democracia se presentan al ciudadano como una misma y única cosa, donde, en consecuencia, los ciudadanos de las clases dominadas hacen suyos los intereses de las clases dominantes, vinculándolos, para ejercer su defensa consciente o inconsciente, con el ideal democrático, con su natural búsqueda de libertades y de reconocimiento, donde el producto ideológico-democrático capitalista se presenta como el único producto ofertado realmente en el mercado para aquellos ciudadanos que están demandando este tipo de productos democráticos (es decir, para aquellos ciudadanos que quieren vivir en una verdadera democracia).

De esta manera los capitalistas monopolizan el “*mercado de la ideología democrática*” y obligan al pueblo, mediante el engaño y la manipulación de la publicidad asociada con los productos de la competencia, a no tener otra opción que la adquisición del producto que ellos les

ofrecen. La función reguladora de los medios de comunicación de masas es, por tanto, la de garantizar la perpetuación de este monopolio, evitando que puedan surgir algunos otros productos que, ajustándose mejor a las demandas ciudadanas, puedan quitarle la clientela y dar un vuelco a la situación del mercado, con los consecuentes cambios en la esfera política y económica que ello conllevaría.

Si sólo el capitalismo es presentado como un producto democrático, si se logra convencer de que capitalismo y democracia son una única e inseparable cosa, los ciudadanos que demandan democracia no querrán ni oír hablar de otros productos (el socialismo, por ejemplo), pues los consideraran productos no democráticos, excluidos de tal mercado ideológico, de la misma manera que el que demanda la compra de un coche no ve a las empresas fabricantes de utensilios de cocina como competidoras de las empresas de coches, pues los identifica con dos sectores de mercado diferentes. El socialismo, en este caso, no es un producto del “*sector mercantil ideológico- democrático*”, y, por tanto, no es un competidor para el capitalismo en este terreno, muy al contrario no es presentado como el representante de ese otro sector mercantil, para nada demandado por la población, vinculado con el autoritarismo, la dictadura y la falta de derechos y libertades individuales sólo presentes en el producto democrático.

Los medios de comunicación de masas diferencian así entre lo “democrático” (el capitalismo) y lo “no democrático” (lo demás), sabedores de que los ciudadanos que se mueven dentro del mercado ideológico actual lo que están demandando de manera mayoritariamente abrumadora son tan sólo productos democráticos, rechazando de pleno los no democráticos. El monopolio, el secuestro del mercado ideológico-democrático por parte de los capita-

listas, está garantizado. El socialismo pasa a ser un producto no democrático, como cualquier otro modelo político democrático que pudiera plantearse y que no sea el capitalista.

Por otro lado, al ser percibidos por el sujeto estos medios de información como portadores de verdades objetivas, especialmente en sus apartados informativos de noticias, las afirmaciones, patrones culturales o códigos simbólicos que de ellos emanan, son aceptados como si de la verdad en sí misma se tratase, como si no fuera posible dudar de su validez. Es muy importante este punto, ya que es necesario que el ciudadano confíe plenamente en la veracidad del medio que le da una determinada información para que la estrategia manipuladora pueda tener éxito. De lo contrario la intervención reguladora del medio de comunicación de masas en el mercado ideológico puede resultar un auténtico fracaso, no impidiendo la deriva de la demanda hacia otros modelos alternativos de oferta no capitalistas.

Véase, por ejemplo, el caso actual de Venezuela, donde grandes masas apoyan un proceso revolucionario de corte socialista, y donde casualmente una mayoría ciudadana declara no confiar en los medios de comunicación (casi un 60% entre ciudadanos que dicen tener poca o ninguna confianza en los medios, según una encuesta reciente), con la consecuente dificultad que estos medios encuentran para la regulación del mercado ideológico, la dificultad para engañar y manipular a la población con sus informaciones a modo como lo hacían antaño, y como lo hacen actualmente en la inmensa mayoría de países capitalistas.

En los países plenamente capitalistas lo que se dice en los espacios informativos de los medios de comunicación es palabra de Dios. Los medios de comunicación son como

la Biblia de la nueva religión consumista-capitalista, ese lugar donde se encuentra la verdad revelada e indudable, salvo para el ateo. Así se consigue que esto influya con seguridad sobre la manera de actuar o de pensar de las personas, pues con ello se logra modificar la forma en que los hombres conocen y comprenden la realidad que los rodea. El sujeto acepta como reales y considera importantes sólo aquellos acontecimientos que muestran las cámaras de televisión, que son elementos de portada en los diarios principales, o que ocupan espacios en las tertulias radiofónicas. Se convierte al sujeto en un miembro más de la cultura de masas, a la vez que se le va manipulando la información según interese a los propietarios de dichos medios, que no son otros que los propios miembros integrantes de las clases más favorecidas de la sociedad. Toda información política o económica que reciban a través de ellos irá siempre en la línea de relacionar en una misma cosa capitalismo y democracia. En definitiva, mediante esta estrategia de los medios de comunicación de masas se interviene en el mercado ideológico-democrático para garantizar el monopolio consumista-capitalista y evitar así que la mano invisible del mercado pueda hacer que la demanda ciudadana pueda pasar desde la adquisición del producto ofertado por el consumismo-capitalismo a la adquisición de productos de otro tipo más acordes a la demanda ideológica de las mayorías sociales, por ejemplo el producto vinculado con el ideal democrático de las sociedades socialistas.

VIII

Además, para ello, para que esta estrategia pueda tener efectos visibles en la realidad socio-política concreta de un determinado estado, los medios de comunicación de masas generan continuamente matrices de opinión que

deben ser aceptadas (y de hecho lo son) como una verdad indudable por parte de la ciudadanía.

Para generar una matriz de opinión se requiere comunicar masivamente, todos los días y en todos los periódicos, emisoras de radio y TV posibles, de una determinada comunidad, una idea o un pensamiento específico (sin importar que sea una simple conjetura o especulación) con el tono y de la forma conveniente para que las personas de dicha comunidad, al ser bombardeados de manera incesante por los medios de comunicación, crean vehementemente en ello hasta el punto de ni siquiera preguntarse si será cierto o no. En pocas palabras, tal y como dice el proverbio popular: “Una mentira dicha mil veces, se convierte en verdad” [1].

Es decir, cuando existe algún tipo de acontecimiento social, político, económico o mediático en el mundo que pueda poner en peligro el normal funcionamiento de los intereses de las clases dominantes, la transmisión de información es puesta inmediatamente al servicio de la defensa de estos intereses, haciéndose llegar los hechos a la ciudadanía de tal manera que no supongan problema alguno para los objetivos propuestos en su modelo ideal de sociedad por las clases dominantes, cuando no directamente siendo silenciados (en caso de no poder ser convenientemente manipulados) o interpretados de tal forma que acaban siendo banalizados y puestos al servicio de sus intereses. Una misma noticia puede ser tratada en aparente pluralidad por diversos medios de comunicación que, también en apariencia, responden a diferentes orientaciones políticas, y, sin embargo, estar diciéndote una misma cosa sobre un determinado tema, tal cual es el interés de las clases dominantes en relación con ese tema.

¹ <http://www.aporrea.org/actualidad/a7120.html>

La supuesta pluralidad de los medios no es tal cuando de defender los intereses políticos y sociales de las clases dominantes se trata. Por más que los matices que se den en los diferentes medios acerca de determinadas informaciones (que puedan poner en peligro el funcionamiento de la sociedad consumista-capitalista o los intereses políticos de las clases dirigentes) puedan ser de una manera u otra, el análisis de fondo es siempre el mismo; es decir, aquel que le interese a los propietarios de los medios de comunicación, aquel que defienda los intereses de las clases dominantes que son propietarias de tales medios (Esto vale tanto para los medios privados como para los públicos, puesto que en un estado gobernado por partidos políticos pro capitalistas, el interés del propietario del medio de comunicación público, es decir, el interés del estado, es igualmente el interés de las clases dominantes que detentan el poder real del mismo). Y la matriz de opinión que identifica democracia con capitalismo es la más constante de todas cuantas son lanzadas por estos medios de comunicación de masas, pues es ella el soporte en que se amparan las matrices de opinión de contenidos concretos que vienen y van por estos medios a medida que la situación política, económica y social de la actualidad mediática lo va requiriendo.

IX

La divergencia informativa puede existir, por tanto, en temas políticos o sociales que afecten a un nivel interno la vida de un determinado país capitalista, donde partidos conservadores y socialdemócratas se alternen en el poder, pero se anula por completo cuando lo que está en juego es la defensa del sistema socio-económico vigente o los intereses de las clases dominantes que lo publicitan y sustentan. Por ejemplo, en el caso concreto del estado

español, los diferentes medios de comunicación pueden diferir entre ellos al tratar asuntos relacionados con la política partidista interna, y unos pueden estar más cercanos al PP y otros al PSOE, se podrán enfrentar entonces en guerras mediáticas en asuntos como la “teoría de la conspiración del 11-M” o temas similares, pero, sin embargo, todos estos medios defenderán siempre la misma matriz de opinión cuando de temas relacionados con los procesos revolucionarios que se están dando en países como Venezuela, Ecuador, Bolivia, Cuba, etc., se trata (países donde los grupos oligárquicos que controlan los medios de comunicación españoles tienen intereses económicos que son cuestionados y puestos en peligro por estos gobiernos revolucionarios).

Unos podrán darle un matiz a la información y otros le darán matices diferentes, ser más o menos agresivos con su tratamiento, pero todos, absolutamente todos, defenderán la idea de que estos procesos y sus líderes son intrínsecamente malos, y por ello negativos respecto del modelo socio-político que existe en el estado español. Así, si algunos de estos estados decide tomar algún tipo de decisión política que afecte a los intereses de las multinacionales españolas que operan en esas naciones, absolutamente todos estos medios darán un tratamiento a la información que presente al líder político en cuestión como un sujeto detestable, autoritario y corrupto, un gobernante que está atacando de manera déspota los intereses de todos los ciudadanos del estado español, pero ninguno de ellos entrará a valorar si realmente estas decisiones responden a una necesidad del estado en cuestión que va a tener una repercusión positiva en la calidad de vida y el bienestar de sus ciudadanos, o si son una reacción frente a las prácticas abusivas de las multinacionales españolas en esos países. El juicio ya está escrito de antemano y es

presentado al ciudadano del estado español como una verdad indudable.

Un ejemplo evidente de esta estrategia lo podemos encontrar en el tratamiento que los medios de comunicación españoles dieron al enfrentamiento verbal que protagonizaron el presidente de la República Bolivariana de Venezuela (Hugo Chávez) y el jefe del estado español (Juan Carlos de Borbón). En todos los medios de comunicación españoles generalistas de radio, prensa y televisión, aun cuando pudieran darle un matiz u otro a la información, el tratamiento fue el mismo. Aun cuando es evidente que el *Señor* Borbón (que se sepa jamás fue votado por nadie) actuó de una manera absolutamente impropia para lo que se debe esperar en un Jefe de Estado, mandando a callar de manera absolutamente tabernera al jefe de estado de Venezuela (votado por más del 60% de los venezolanos que participaron en las elecciones presidenciales), fue el señor Chávez quien fue en todo momento tratado como un tirano, un déspota, un dictador, un represor y un opresor de su pueblo, mientras que el Rey de España (por la gloria de Franco) fue en todo momento ensalzado y revalorizado como defensor de la libertad y máximo exponente de la democracia. Da igual el medio de comunicación –de entre los tradicionales y mayoritarios- que escojiésemos en aquellos días, el trato fue absolutamente el mismo: el uno –Chávez- es un dictador irrespetuoso, el otro –Juan Carlos Borbón- un demócrata de toda la vida. Sin embargo, curiosidades de la vida, el dictador fue elegido por el pueblo en libre votación, mientras el demócrata fue escogido a dedo por un caudillo fascista y nunca más cuestionado en su cargo. Pero como los medios de comunicación sólo dicen verdades y dan un tratamiento objetivo de la información, esta fue la idea que caló de manera absolutamente generalizada entre los ciudadanos del estado español. Nuevamente la dualidad capitalismo-

democracia, en este caso representada en la figura del Rey de España, salía victoriosa de cara a la “opinión pública” frente a esos otros valores dictatoriales y antidemocráticos que representa Chávez.

Igual que en este suceso, ocurre con cualquiera de la información que desde estos medios diversos, ya sean cercanos al PP o cercanos al PSOE, ya sean más o menos conservadores o “progresistas”, se da sobre Chávez o cualquier otro líder revolucionario mundial, como se puede comprobar con el tratamiento que se dio a la información en los sucesos del golpe de estado de Abril de 2002 en Venezuela, en el “cierre” de la cadena de televisión RCTV, los acontecimientos del paro petrolero de 2003, la campaña para el referéndum de reforma constitucional del 2 de Diciembre de 2007, o, más recientemente, los sucesos acontecidos en Bolivia y el referéndum constitucional en Ecuador, por no hablar de cualquier información que tenga como contenido a Cuba.

X

Además de esto, los medios de comunicación de masas son utilizados también por las clases dominantes para mantener entretenidos a los ciudadanos y alejados de pensamientos críticos y de potenciales deseos de cambios políticos amplios en el sistema socio-económico vigente. No sólo se difunde a través de ellos toda matriz de opinión relacionada con la vinculación entre capitalismo y democracia como si de verdades absolutas en sí mismas se tratasen, sino que además se proporciona al espectador, lector u oyente —especialmente en el medio con mayor repercusión social: la televisión— una programación de baja calidad cultural, de nula estimulación crítica y de absoluta falta de consideración revolucionaria, para que

nada de esto pueda poner en duda la veracidad de la información emitida mediante las diversas matrices de opinión. Como bien dice José Javier Esparza [²], autor que no es precisamente sospechoso de ser de izquierdas, con los medios de comunicación de masas

“ No sólo no se ha accedido al conocimiento del mundo, sino que cuanto más se pretende aumentar la audiencia de un mensaje, menor es el nivel cultural de éste. Existe una proporción inversa entre la altura de los mensajes culturales y la cantidad de audiencia posible. Cuanto más elevado es el mensaje, menor es el número de gente que lo comprende. Cuanto más audiencia se quiera tener, menor habrá de ser el nivel del mensaje (...) El resultado lo conocemos bien: pesa más, cuantitativamente, la opinión de un actor o un presentador de concursos, que la de un catedrático, un filósofo o un científico, y no en razón de la personalidad del sujeto, sino en razón de su función social, que es la amable tarea de divertir al personal. ”. ¿Será acaso que es precisamente eso lo que se busca con los medios de comunicación de masas?

La respuesta me parece evidente: los medios de comunicación de masas en esta sociedad nuestra consumista-capitalista, donde reina por doquier, según nos cuentan, la democracia plena y la libertad, no sólo manipulan y engañan (regulan el mercado ideológico), sino que, además, y tal vez sea esto lo que resulta más preocupante

² José Javier Esparza. Contradicciones y abismo de la comunicación de masas. Pueden encontrarlo aquí :

<http://foster.20megsfree.com/102.htm>

(pues es la base sobre la cual se puede alegremente engañar y manipular al personal) idiotizan. Sólo los idiotas se pueden dejar engañar y manipular sin rechistar, salvo que previamente nos hayamos dejado llevar por la confianza, lo cual, viendo como está el panorama, sería aún más preocupante que ser un idiota total y no saberlo. ¿O cómo llamarían ustedes a quienes todavía hoy siguen confiando en los medios de comunicación como fuentes imparciales de la verdad objetiva? Yo les pondría el mismo calificativo que a aquellos que siguen pensando que capitalismo y democracia son una única y misma cosa, del todo inseparable, aquellos que siguen creyendo que en el mercado de la “ideología democrática” tan sólo existe un único producto que es el capitalista. Como poco “inocentes”. ●

ANEXOS

Por G. K. Chesterton

“La modernidad no es democracia. La maquinaria industrial no es democracia. Dejar todo en manos del comercio y el mercado no es democracia. El capitalismo no es democracia.”

Chesterton

Cada día está más claro para los que nos agarramos a ideas y dogmas en decadencia, y defendemos las ideas agonizantes del medioevo, que pronto nos quedaremos solos en la defensa del más deteriorado de estos antiguos dogmas: la idea llamada democracia. Se ha tardado una generación, más o menos mi generación, en arrastrarla de la cima de su éxito, su supuesto éxito, al lodo de su fracaso, su supuesto fracaso. A finales del siglo diecinueve, millones de hombres aceptaron la democracia sin saber la razón. Parece que, finalizando el siglo veinte, millones de hombres la rechazarán sin conocer tampoco el motivo. De una manera así de lógica, recta y sin vacilaciones, avanza la mente del ser humano por el gran sendero del progreso.

* Aparecido por primera vez en la columna del *Illustrated London News*, en Julio de 1932.

Publicado por <http://ensayoschesterton.blogspot.com.ar>

En cualquier caso, en este momento la democracia está siendo atacada y, lo que es más, atacada injustamente. La gente crítica el sufragio universal solo porque no es tan culta como para criticar el pecado original. Hay un examen muy sencillo para determinar si un problema social es causado por el pecado original. Consiste en hacer lo que no están haciendo ninguno de estos críticos modernos: plantear algún mérito moral para los sistemas políticos alternativos. La esencia de la democracia es muy simple y, como escribió Jefferson, evidente. Si diez hombres naufragasen juntos en una isla desierta, su comunidad la compondrían ellos, su bienestar la razón de estar juntos, y en circunstancias generales la voluntad colectiva sería la ley. ¿Si por su carácter no están capacitados para autogobernarse, quién de ellos puede decir que, por su forma de ser, debe gobernar a los demás?

Decir que gobernaré el más listo o el más valiente es eludir la cuestión. Si emplean sus capacidades a favor del colectivo, destilando agua o planeando expediciones, están al servicio de los demás. Que serían, en este sentido, sus gobernantes. Si emplean sus capacidades contra los demás, robando el ron o envenenando el agua potable ¿Por qué debería el resto tolerarlo? ¿Hasta qué punto es probable que lo hagan?

En un ejemplo tan sencillo, todo el mundo ve el fundamento popular del sistema, y las ventajas del gobierno por consenso. El problema con la democracia es que, en la época actual, raramente surge un caso así. En otras palabras, el problema con la democracia no reside en ella. Reside en ciertas cosas, artificiales y antidemocráticas, que, de hecho, han surgido en el mundo moderno para frustrar y destruir la democracia.

La modernidad no es democracia. La maquinaria industrial no es democracia. Dejar todo en manos del comercio

y el mercado no es democracia. El capitalismo no es democracia. Está más bien en contra de la democracia por su sustancia y sus tendencias. Por definición la plutocracia no es democracia. Pero todas estas cosas modernas se abrieron camino en el mundo al mismo tiempo, o poco después, que los grandes idealistas como Rousseau y Jefferson estudiaban el ideal de la democracia. Puede defenderse que el ideal democrático era demasiado optimista como para triunfar. Lo que no se puede mantener es que lo que fracasó es lo mismo que las cosas que triunfaron. Una cosa es que un tonto se pierda en el bosque y se lo coman las fieras, otra que el tonto sobreviva en el bosque como una fiera más.

En la práctica, la democracia lo tiene todo en contra y de hecho puede decirse que, en la teoría, también hay algo contra ella. Podría decirse que la naturaleza humana está contra ella. De hecho, es seguro que el mundo moderno lo está. La sociedad científica y trabajadora del último siglo ha sido un lugar mucho más inadecuado para cualquier experimento de autogobierno de lo que lo habrían sido las antiguas condiciones de vida en el campo o incluso la vida de los nómadas. La vida en las mansiones feudales no era democrática, pero se podía haber convertido en democrática más fácilmente. La vida de los campesinos de épocas posteriores, en Francia o en Suiza, podría haberse convertido muy fácilmente en democrática. Lo que es horrorosamente difícil es convertir el moderno capitalismo industrial en democrático.

Por eso la gente empieza a decir que el ideal democrático no está vigente en el mundo moderno. Estoy totalmente de acuerdo. Pero me quedo con el ideal democrático, que es al menos un ideal y por lo tanto una idea, antes que con que el mundo moderno, que no es más que la actualidad y por lo tanto ya es historia antigua. He notado que

los lunáticos, o con mejor educación idealistas, ya se están apresurando en abandonar este ideal. Un pacifista famoso, con quien yo discutí cuando era un radical en los periódicos radicales y que más tarde se ha convertido en un republicano modelo de la nueva república, el otro día se tomó muchas molestias para poder decir que la voz del pueblo es, en términos generales, la voz de Satanás.

A decir verdad, estos liberables nunca tuvieron mucha fe en el gobierno por el pueblo como no la tuvieron en nada que fuese de la gente como las tabernas o las quinielas de Dublín. No creían en la democracia que invocaban contra los reyes y los sacerdotes. Yo sí y sigo creyendo en ella. Pero prefiero invocarla contra pedantes y maniáticos. Aún creo que sería el gobierno más humano si pudiese ponerse en práctica en otra época menos inhumana.

Por desgracia, las ideas humanitarias han sido el signo distintivo de una época inhumana. Con esto no me refiero a la simple crueldad. Me refiero a la situación en que hasta la crueldad ha dejado de ser humana. Cuando el rico, en lugar de ahorcar a seis o siete de sus enemigos porque los odia, simplemente arruina y mata de hambre a seis o siete mil personas a las que no odia al no haberlas visto nunca. La única razón es que viven al otro lado del mundo. Me refiero a la situación en la que el lacayo o cortesano de un hombre rico en vez de entretenerse mezclando un nuevo y original veneno para los Médicis o labrando una daga exquisita para los objetivos políticos de los Médicis, se aburre en una fábrica haciendo un determinado tipo de tornillo, que encaja en una lámina que no ha visto, que sirve para montar una pistola que nunca verá. Qué se disparará durante un combate del cual nunca tendrá noticia, y sobre cuyas circunstancias concretas sabe todavía menos de lo que sabía el canalla renacentista sobre los fines del veneno y la daga.

En resumen, que el problema del capitalismo es que es indirecto. Todo se retuerce hasta las cosas que deberían ser rectas. Y en este, el sistema más indirecto de todos, intentamos aplicar la idea más directa que existe. La democracia, una idea simple hasta la medula, ha sido aplicada inútilmente a una sociedad compleja hasta la locura. No es sorprendente que una idea tan visionaria se haya desvanecido de nuestro entorno. A mí me gusta la idea, pero tiene que haber de todo en este mundo. Y de hecho hay personas, que pasean tranquilas bajo la luz del sol, a las que parece gustar el entorno.

Publicado por <http://ensayoschesterton.blogspot.com.ar>

EL CAPITALISMO Y LA DEMOCRACIA
SON INCOMPATIBLES*

Noam Chomsky

Noam Chomsky, una de las principales voces de la izquierda en Estados Unidos, ofreció en 1970 la conferencia El gobierno en el futuro, que ahora publica íntegra la editorial Anagrama. En esta conferencia, realizada en Nueva York, Chomsky (Filadelfia, 1928) reflexiona acerca de la posibilidad de transformar a la sociedad frente a lo que llamó "la barbarie contemporánea". Con autorización de la editorial, ofrecemos a nuestros lectores un adelanto de este texto.

Para terminar, permítanme que considere el tercero y el cuarto puntos de referencia que he mencionado al principio: bolchevismo -o socialismo de Estado- y el capitalismo de Estado. Como he intentado sugerir, tienen puntos en común, y, en algunos aspectos muy interesantes, difieren del ideal liberal clásico y de su posterior evolución hasta convertirse en el socialismo libertario. Dado que me ocupo de nuestra sociedad, permítanme que haga unas observaciones, bastante elementales, acerca del papel del Estado, de su probable evolución y de los supuestos ideológicos que acompañan a esos fenómenos y, a veces, los disfrazan. Para empezar, podemos distinguir dos sistemas de poder: el político y el económico. El primero lo constituyen, en principio, unos representantes que elige el pueblo para que decidan la política pública;

* Fuente: [La Jornada](#)

el segundo, también en principio, es un sistema de poderes privados -un sistema de imperios privados- que están exentos del control del pueblo, excepto en aquellos aspectos remotos e indirectos en los que incluso una nobleza feudal o una dictadura totalitaria deben responder a la voluntad popular. Esa organización de la sociedad tiene varias consecuencias inmediatas. La primera es que, de una manera muy sutil, induce a gran parte de la población, sometida a decisiones arbitrarias tomadas desde arriba, a aceptar la mentalidad autoritaria. Y, en mi opinión, eso tiene un efecto muy profundo sobre el carácter general de nuestra cultura, que se manifiesta en la creencia de que hay que obedecer órdenes arbitrarias y plegarse a las decisiones de la autoridad. Y, también en mi opinión, uno de los hechos más notables y apasionantes de los últimos años ha sido la aparición de movimientos juveniles que se enfrentan a esas pautas de conducta autoritaria e incluso empiezan a resquebrajarlas.

La segunda consecuencia importante de esa organización de la sociedad es que el ámbito de las decisiones sujetas, en teoría, al menos, al control democrático popular es muy reducido. Por ejemplo, en principio, quedan excluidas legalmente de él las instituciones fundamentales de cualquier sociedad industrial avanzada, es decir, los sistemas comercial, industrial y financiero en su totalidad.

Y la tercera consecuencia importante es que, incluso dentro del reducido ámbito de las cuestiones que se hallan sometidas, en principio, a la toma de decisiones democrática, los centros privados de poder pueden ejercer, como bien sabemos, una influencia desproporcionadamente grande utilizando métodos que resultan obvios, como el control de los medios de comunicación o de las organizaciones políticas, o, de un modo más sencillo y directo, por el simple hecho de que, habitualmente, las figuras

más destacadas del sistema parlamentario proceden de ellos. El reciente estudio realizado por Richard Barnet acerca de las cuatrocientas personas que han decidido las políticas del sistema nacional de seguridad estadounidense desde el final de la Segunda Guerra Mundial demuestra que la mayor parte de ellas "procedían de despachos de altos ejecutivos o bufetes de abogados situados en quince edificios -que se hallaban a tan poca distancia los unos de los otros que esas personas hubieran podido llamarse a gritos- repartidos por Nueva York, Washington, Detroit, Chicago y Boston". Y todos los demás estudios al respecto llegan a las mismas conclusiones.

En resumen, en el mejor de los casos el sistema democrático tiene un ámbito de actuación muy reducido en la democracia capitalista, e incluso dentro de ese ámbito tan reducido su funcionamiento se ve tremendamente obstaculizado por las concentraciones de poder privado y por la manera de pensar autoritarias y pasivas que inducen a adoptar las instituciones autocráticas, como las industrias. Aunque sea una perogrullada, hay que subrayar constantemente que el capitalismo y la democracia, en último extremo, son incompatibles. Creo que un estudio cuidadoso de la materia reforzará aun más esa conclusión. Tanto en el sistema político como en el industrial tienen lugar procesos de centralización del control. Por lo que al sistema político se refiere, en todos los sistemas parlamentarios, y el nuestro no es una excepción, el papel de las cámaras en la toma de decisiones políticas ha menguado desde la Segunda Guerra Mundial. En otras palabras, la importancia del poder ejecutivo ha ido aumentando en la misma medida en la que eran cada vez más significativas las funciones de planificación del Estado. Hace un par de años el Comité de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes describió el papel del Parlamento estadounidense como el de "un tío a ve-

ces gruñón, aunque en el fondo bondadoso, que se queja mientras da furiosas caladas a su pipa, pero que al final, como todo el mundo esperaba, cederá (...) y concederá el dinero que se le pide".

Un estudio cuidadoso de las decisiones civiles y militares tomadas desde la Segunda Guerra Mundial demuestra que esa descripción es, básicamente, correcta. Hace veinte años, el senador Vandenberg manifestó su preocupación ante la posibilidad de que el presidente de Estados Unidos pudiera convertirse "en el principal señor de la guerra del mundo". Eso ya ha ocurrido. Lo demuestra la decisión de iniciar la escalada militar en Vietnam, tomada en febrero de 1965 y que despreciaba cínicamente la voluntad expresada por el electorado. Ese incidente hace patente con toda claridad el papel del pueblo en la toma de decisiones acerca de la guerra y de la paz, así como acerca de las líneas principales de la política general; y también hace patente la irrelevancia de la política electoral a la hora de tomar decisiones de política nacional. ■

¿POR QUÉ EL CAPITALISMO ES INCOMPATIBLE CON LA DEMOCRACIA? *

Pablo G. V

Las palabras tienen dueño aunque la propiedad nunca sea eterna. Dicho de otra forma: el lenguaje y las palabras conforman otro frente en la guerra ideológica de la lucha de clases.

En ese sentido, lo que nos dice la realidad es que hemos sufrido la expropiación de la palabra "DEMOCRACIA".

El presente trabajo pega 8 tiros democráticos en la cabeza del capitalismo, con el fin de destruir el mito de la democracia dentro del capitalismo.

El también llamado 'sistema de mercado', capitalismo para los amigos, o en la intimidad de la burguesía, tiene intrínsecamente una serie de contradicciones antagónicas y estructurales suficientes como para que todo "buen demócrata" se replantee si existe vida democrática dentro del mundo capitalista. A 'Democracia', le daremos el significado de poder equitativo entre ciudadanos trabajadores.

Estas son las principales contradicciones congénitas entre democracia y capitalismo:

1) Naturaleza plutocrática

* Fuente: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=40875>

del mercado capitalista:

(1 euro, 1 voto). La desigualdad de rentas tanto salariales como de capital, sin tener en cuenta la contribución social del trabajo y las necesidades personales, ejerce dentro de las relaciones mercantiles-monetarias un desequilibrio de poder adquisitivo que tiene su reflejo en un desequilibrio de poder político por la capacidad del dinero de: comprar voluntades, tener cuotas de poder mediático y por ser medio de ascender en status o clase social.

2) Oligarquía como verdadero partido único del régimen burgués:

Es el verdadero centro de decisiones estratégicas en lo político y económico, donde reside la soberanía política en el capitalismo. La clase política y el parlamento son simples mercenarios a su servicio, o al menos, su actividad sólo es libre mientras no toque los intereses de la clase dominante. El gobierno simplemente es una estructura tecnocrática que sigue los impulsos de la oligarquía económica y financiera.

3) Estructura de partidos antidemocrática:

Los corruptos partidos burgueses, desde el PP hasta IU, pasando por grupos nacionalistas asimilados al sistema, no se rigen por principios democráticos pues no dejan de ser empresas de marketing del voto que siguen una lógica de arribismo personal y competencia por el reparto del presupuesto del Estado.

4) Lógica del lucro y la competitividad:

Entendidas como forma de división y empobrecimiento (absoluto y relativo) económico e intelectual entre la clase social mayoritaria: l@s trabajadores/as, y en beneficio de la clase dominante: los capitalistas.

5) Sociedad mediática, libertad formal y elecciones burguesas:

Las arbitrariedades en este capítulo son varias: leyes electorales que no representan el voto real, la estructura mediática no da acceso a los que no tienen dinero para comprar su cuota, la libertad es formal porque es a condición de no usarla, ejemplos hay muchos: Frente Popular en España, Allende en Chile, Chávez en Venezuela,... si el candidato que gana no juega en el equipo de la burguesía, se cambian las reglas del juego (golpe de estado) y gana quien tiene que ganar...

6) Naturaleza imperialista del capitalismo:

La necesidad intrínseca de buscar nuevos mercados de venta, buscar mano de obra barata y asegurar la materia prima a bajo precio, así como la competencia interimperialista de burguesías, provoca el sometimiento de pueblos, el enfrentamiento entre los mismos, y a que haya un freno al desarrollo económico del tercer mundo por las alianzas entre el capital imperialista y los sectores locales corruptos y reaccionarios; asimismo las relaciones comerciales internacionales, por el proteccionismo agrario y por el mayor valor añadido de los productos industriales en relación con los agrarios, suponen otro 'palo en la rueda' del desarrollo. Mantener el 'status quo' de pobreza en el mundo es, obviamente, incompatible con los fundamentos de la democracia.

7) La explotación como realidad invisible del capitalismo:

Coloquialmente se suele utilizar explotación como una explotación física, aquí la utilizaremos en sentido económico y sobre la base del análisis de Marx en 'El Capital' (la teoría laboral del valor). La plusvalía es la riqueza que generan los trabajadores, por encima del valor de sus salarios, pero que, sin embargo, no tienen derecho a administrar tanto para aumentar sus salarios como para decidir que hacer sobre los fondos de inversión. Así pues, por mucha carcasa democrática, si en las relaciones sociales de producción determinan que la propiedad de los medios de producción va a cargo de los capitalistas, por ende, los asalariados serán una clase social oprimida y explotada por carecer de poder político respecto sobre la producción (función básica social) y sus beneficios. En consecuencia, sobre una base económica capitalista no puede haber democracia; a lo sumo, puede haber un pluralismo que no choque con los intereses de la clase dominante.

8) La empresa capitalista tiene una estructura interna autocrática:

"Todo el poder para el propietario", ese sería el lema que rige en el actual sistema; o si nos ponemos rigurosos por el actual mundo de las sociedades anónimas y el mercado bursátil, quien tenga mayor cuota en el consejo de administración, es quien tiene el poder. Nadie podrá poner en duda que en el tiempo donde los trabajadores venden su fuerza de trabajo, están sometidos a una esclavitud moderna al servicio del propietario. La libertad del trabajador sólo la puede hacer uso para romper el contrato, pero

en todo caso, sólo podrá cambiar de una empresa por otra, pero nunca de relaciones de producción. Una libertad sin opciones. Existe un matiz importante, los trabajadores del sector público burgués, que a pesar de no basarse en el lucro privado, también están oprimidos política y económicamente por su carácter antidemocrático y al servicio de las necesidades del orden imperante. Otro caso es el de las cooperativas, que siempre tendrán limitaciones en su supervivencia en el mercado, y si sobreviven, lo más probable es que les engulla el capitalismo, como las cooperativas de Mondragón. A pesar de ir a contracorriente, existen experiencias positivas en el cooperativismo político, como el caso de Marinaleda.

Conclusión:

Todos los apologistas de la democracia liberal tendrán que contraargumentar estas contradicciones. O más sencillo, que respondan a esta pregunta: ¿Por qué Emilio Botín tiene más poder político que yo, si los dos tenemos el mismo derecho a votar cada 4 años?

Desde luego, el capitalismo ha supuesto históricamente un gran avance respecto al feudalismo, pero su funcionamiento interno está basado en el beneficio de una minoría social. El materialismo histórico nos indica que la única clase social que puede tomar el relevo progresista de la humanidad es la clase obrera, con la ayuda del campesinado en países subdesarrollados. Así pues, no hay más conclusión que la de destruir las relaciones de producción que dominan la base económica capitalista, pero eso no es nada fácil, ni se hace por la vía de decretos, ni cae del cielo. La transición al socialismo es un tema que desborda los objetivos del presente artículo, pero que conviene su estudio tanto desde el plano de la

voluntad política como del desarrollo natural del socialismo con sus propias leyes internas.

En ese sentido, recomiendo a Lenin en sus últimos escritos de las Obras Escogidas y al economista pero no menos bolchevique Nikolai Bujarin en: *“Teoría de la transición al socialismo”*; *“Los problemas de la edificación socialista”*; *“Testamento político de Lenin”*,...

Como militante de Corriente Roja, comparto el objetivo de la lucha por el socialismo como proceso revolucionario emancipador anticlasista y antipatriarcal que sea superador del orden institucional burgués y machista, que acabe con el dominio de la nueva feudalidad financiera que nos somete con sus hipotecas; y sobre esa negación, construir una nueva sociedad donde la democracia y el bienestar material esté orientada por los principios de dar a cada cual según su contribución social del trabajo y según sus necesidades.

En consecuencia, la lucha por la democracia (no burguesa), es la lucha por el socialismo.

DE CÓMO EL CAPITALISMO ESTÁ MATANDO LA DEMOCRACIA

Por [Raul](#)

Se suponía que los mercados libres conducirían a sociedades libres. En cambio, la sobrecargada economía actual está erosionando el poder de la gente en todas las democracias del mundo. Demos la bienvenida a un mundo en el cual las ganancias se anteponen al bien común y los Gobiernos ceden la iniciativa a las grandes empresas.

Por Robert B. Reich *

Se suponía que eran la pareja ideal. Capitalismo y democracia, nos dicen desde hace tiempo, son los dos pilares ideológicos capaces de traer prosperidad y libertad sin precedentes al mundo. En las últimas décadas, la dupla compartió un ascenso común. De cualquier ángulo que se lo mire, el capitalismo global ha triunfado. La mayoría de las naciones del mundo forman parte de un solo mercado global integrado.

La democracia ha gozado de un renacimiento similar. Treinta años atrás, un tercio de las naciones del mundo

* Robert B. Reich, ex secretario de Trabajo de Estados Unidos, es profesor de políticas públicas en la Universidad de California, Berkeley. Este artículo –condensado en esta versión– fue publicado por FP y es una adaptación de su libro, *Supercapitalism: The Transformation of Business, Democracy, and Everyday Life* (New York: Alfred A. Knopf, 2007).

En: [Economía, \(des\)empleo y finanzas](#), [Política y Escena Internacional](#)

llamaba a elecciones libres; hoy lo hacen casi las dos terceras partes.

Suele decirse que allí donde florece alguno de estos dos sistemas –capitalismo o democracia– el otro le seguirá de cerca. Sin embargo, en la actualidad sus destinos comienzan a apartarse. El capitalismo, durante mucho tiempo vendido como el yin frente al yang democrático, hoy está en auge mientras la democracia se esfuerza por no quedar a la zaga. China, lista para convertirse este año en la tercera nación capitalista del mundo después de Estados Unidos y Japón, adoptó libertad de mercado pero no libertad política.

Muchos países económicamente exitosos –desde Rusia hasta México– son sólo democracias de nombre. Las aquejan los mismos problemas que han dificultado el avance de la democracia estadounidense en los últimos años, que permiten que empresas y élites gocen de éxito económico fácil mientras debilitan la capacidad del Gobierno para responder a las preocupaciones de los ciudadanos.

Por supuesto, democracia significa mucho más que un proceso de elecciones libres y justas. Es un sistema para lograr lo que sólo puede lograrse cuando los ciudadanos se juntan para conseguir el bien común. Pero aunque el mercado libre trajo prosperidad sin precedentes a muchos, vino acompañado por profundización de desigualdades de ingreso y riqueza, aumento de inseguridad en el empleo y peligros ambientales como el calentamiento global.

La democracia está diseñada para que los ciudadanos aborden esos temas en forma constructiva. Y sin embargo, crece una sensación de impotencia política entre los ciudadanos de Europa, Japón y Estados Unidos, aun cuando en su condición de consumidores e inversores

sientan que conquistaron poder. En suma, ninguna nación democrática está manejando eficazmente los efectos colaterales del capitalismo. Sin embargo, este hecho no es una falla del capitalismo.

Al desparramarse estas dos fuerzas por el mundo, hemos desdibujado sus responsabilidades, en detrimento de nuestras obligaciones democráticas. El papel del capitalismo es agrandar el pastel económico, nada más. Y mientras se ha vuelto notablemente receptivo a lo que las personas quieren como consumidores individuales, las democracias se han esforzado por cumplir con sus propias funciones básicas: lograr el bien común y ayudar a las sociedades a crecer en igualdad. A lo sumo, la democracia habilita a los ciudadanos a debatir colectivamente cómo repartir el pastel y decidir qué reglas aplicar a los bienes privados y cuáles a los bienes públicos.

Hoy, esas tareas han sido delegadas cada vez más al mercado. Lo que hace falta desesperadamente es una clara delineación de la frontera entre capitalismo global y democracia; entre el juego económico por un lado y cómo se fijan sus reglas por el otro. Si el propósito del capitalismo es permitir que las empresas jueguen en el mercado lo más agresivamente posible, el desafío para los ciudadanos es impedir que esas entidades económicas sean las autoras de las reglas que rigen nuestra vida.

El costo de hacer negocios

La mayoría de nosotros tenemos dos posturas diferentes: como consumidores e inversores, queremos comprar barato y obtener los altos beneficios que brinda la economía global. Como ciudadanos, no nos gustan muchas de las consecuencias sociales que derivan de esas transacciones. Nos gusta culpar a las corporaciones por los daños que

ocasionan, pero en verdad es un pacto que hemos hecho nosotros mismos. Al fin y al cabo, conocemos las raíces de las grandes transacciones económicas que hacemos. Proviene de obreros obligados a aceptar bajos sueldos y prestaciones. Proviene de empresas que ignoran la lealtad que deben a las comunidades y se transforman en cadenas globales de suministro. Proviene de dirigentes que embolsan sueldos exorbitantes. Y proviene de industrias que con frecuencia hacen estragos en el medio ambiente.

Lamentablemente, en Estados Unidos, el debate sobre el cambio económico tiende a darse entre dos campos extremos: los que quieren que el mercado mande sin cortapisas y los que quieren proteger empleos y preservar comunidades tal como están. En lugar de buscar formas de amortiguar los sacudones de la globalización, compensar a los perdedores o demorar el ritmo de cambio, presentamos batalla. Casi siempre ganan los consumidores e inversores, pero ocasionalmente los ciudadanos se alzan con alguna victoria simbólica, amenazando con bloquear algún nuevo acuerdo comercial o protestando la venta de alguna empresa estadounidense a firmas extranjeras. Es un síntoma del conflicto interno que tenemos —entre el consumidor y el ciudadano que habitan en nosotros— que las reacciones suelen ser tan esquizofrénicas.

Esos sentimientos encontrados no se limitan a Estados Unidos. La reciente ola de reestructuraciones en Europa sacudió el tradicional compromiso del continente con la seguridad laboral y el bienestar social. Y está dejando a los europeos sin saber si quedarse con las ventajas privadas del capitalismo global ante los crecientes costos sociales dentro y fuera de sus propios países.

En Japón, muchas empresas abandonaron el empleo vitalicio, redujeron planteles y cerraron negocios deficitarios.

En el otro extremo del espectro político está China, que corre hacia el capitalismo sin democracia de ningún tipo. Eso es música para los oídos de quienes invierten en ese país, pero las consecuencias sociales para los ciudadanos chinos están acumulándose.

Las reglas del juego

¿Por qué triunfó el capitalismo mientras la democracia se fue debilitando? En gran parte, el debilitamiento se produjo porque las empresas, al agudizar la competencia en pos de inversores y consumidores globales, invirtieron cada vez más en hacer lobby, relaciones públicas y hasta sobornos y coimas, buscando leyes que les den una ventaja competitiva sobre sus rivales. El resultado es una carrera armamentista por conseguir influencia política que está ahogando la voz del ciudadano común. En Estados Unidos, por ejemplo, las luchas que preocupan al Congreso, esas que consumen semanas o meses de los parlamentarios, son casi siempre disputas entre empresas o industrias rivales.

Mientras es cada vez más común que las empresas redacten sus propias normas, también se las ha investido con un tipo de moralidad y responsabilidad social. Los políticos las ensalzan por actuar “responsablemente” o las condenan por no hacerlo. Y sin embargo, el propósito del capitalismo es lograr buenos resultados para consumidores e inversores. Los directores de empresa no tienen autorización de nadie –mucho menos de sus inversores– para hacer malabarismos entre ganancias y bien público. Tampoco tienen experiencia alguna en hacer cálculos morales. Se supone que es la democracia la encargada poner los límites en representación del pueblo. Y el mensaje que dice que las empresas son entes morales con

responsabilidades sociales desvía la atención pública de la tarea misma de establecer tales leyes y reglas.

Tratar de hacer creer que el éxito económico de las empresas les impone obligaciones sociales sólo sirve para distraer al público de la responsabilidad que tiene la democracia de fijar las reglas del juego y, por lo tanto, proteger el bien común.

Digámoslo claramente: el propósito de la democracia es lograr fines que no podemos alcanzar como individuos. Pero la democracia no puede cumplir con su función cuando las empresas usan la política para mejorar o mantener su posición competitiva, o cuando parecen adoptar responsabilidades sociales que en realidad no tienen ni capacidad ni autoridad para asumir. Eso deja a las sociedades sin capacidad para afrontar las consecuencias que se derivan de la convivencia entre crecimiento económico y problemas sociales como inseguridad laboral, creciente desigualdad y cambio climático. Como resultado, los intereses del consumidor y del inversor casi siempre terminan siendo más importantes que las preocupaciones comunes. ●

